



El aire, la poesía y la duela

Michael Jordan, de los *Bulls* de Chicago, durante las finales de la Conferencia Este de la NBA en el United Center de Chicago, Illinois, en 1998. (Fotografía: Jonathan Daniel /Allsport)

Francisco Mercado Noyola

Como salir sudado a la calle
luego del sexo o del entrenamiento
y absorber por los poros el brillo de la luna
en las gotas de sudor
así fue mi paso por la NBA.

FRANCISCO IDE WOLLETER, *Poemas para Michael Jordan*

ÍCARO CAYENDO AL MAR DESPRENDIDAS SUS ALAS por efecto del calor solar o Faetón fulminado por el rayo de Zeus al conducir el carro de su padre Apolo advierten al ser humano desde fechas muy antiguas sobre el riesgo mortal de remontar los cielos. “El albatros” de Baudelaire, por el contrario, muestra la magnificencia del ave al surcar el aire y su grotesco andar en tierra firme, presa del escarnio de los zafios marineros. Acaso la memoria que el astro del baloncesto, Michael Jordan, dejó a su paso por la NBA se asemeje más a esta última referencia.

No somos hoy distintos a los antiguos que nos legaron su mitología y su poesía épica; los héroes y sus hazañas nos son indispensables, no sabemos vivir en paz con nuestra pequeñez deficiente. Ante el vacío descarnado de la guerra moderna, ante la visión lejana del soldado como operario de la muerte y la desolación, producidas en serie, hemos sido artífices de la invención de nuevas epopeyas; por ello, en muy buena medida, en el mundo moderno los deportistas —nuestros nuevos héroes— cargan con el peso de la honra colectiva a costas. Ya en 1938, Johan Huizinga, en su ensayo *Homo ludens*, había sostenido que los juegos (en este caso los corporales) eran una función humana tan esencial como el pensamiento y el trabajo, una actividad desinteresada que desencadenaba la libertad pura y quizá se asemejaba a la liviandad aérea.

El argot del juego se adjudica al dominio de la estética; posee las altas virtudes del ritmo y la armonía; asimismo el rito, la liturgia y las acciones sublimes se asocian tanto a las hazañas del espíritu como a las del cuerpo. Una cancha se equipara a un templo o a un círculo mágico; la naturaleza del jugador es la de un aventurero, la de un cómplice de la incertidumbre. De modo que no es absurdo vincular la estética del cuerpo con la de la palabra. Con este cariz lo ha percibido un joven poeta chileno, Francisco Ide Wolleter, ganador del Premio de Poesía Roberto Bolaño 2014, con el libro *Poemas para Michael Jordan*. Wolleter, nacido en Santiago en 1989, y quien presenció durante su infancia los vuelos del gran basquetbolista, declaró para el medio electrónico *ComunicArte*, en una entrevista publicada en diciembre de 2014:

...durante un año me metí a clases de karate con un monje budista y empecé a creer que entendía el lenguaje del cuerpo. Me pareció interesante escribir a partir de la apreciación.

Además, cuando chico jugaba básquetbol... desde ahí surgió una fascinación [...]. En *Poemas para Michael Jordan* hablo de su retiro, de su hijo, lo que significó ser tan famoso y desafiar a la física con los saltos. Son veintisiete poemas breves. En una hora escribí casi la mitad del libro y después, en dos meses, la otra mitad.

En esa misma ocasión añadió: “Justamente, la temática del amor te desconecta del miedo a la muerte”. Ese Eros, manifestado en tantos haces luminosos de la vida humana, es el que desea imponerse a la finitud, a todos los rostros de la opresión, a la fuerza de gravedad. Acaso el poeta rememore las parábolas prodigiosas de “Air Jordan” por encima de las secuelas de la dictadura en su país.

Durante su prodigiosa década de los años noventa, los *Chicago Bulls* se impusieron en las finales —bajo la batuta de Phil Jackson— a poderosos oponentes como los *Lakers* de Magic Johnson, los *Blazers* de Clyde Drexler, los *Suns* de Charles Barkley, los *Supersonics* de Shawn Kemp y el *Jazz* de Karl Malone. La decadencia de esos *raging Bulls* coincide —temporal y simbólicamente— con el fin de siglo, con el general Augusto Pinochet (plenamente exonerado de todos los cargos en su contra, gracias a la férrea defensa de sus aliados británicos) apeándose de su silla de ruedas y esgrimiendo su bastón en actitud triunfal en el aeropuerto de Santiago. *His Airness* tocó tierra entonces, para ya no elevarse más; la justicia en Latinoamérica plegó sus alas también.

Michael Jeffrey Jordan, hijo de Brooklyn, nacido en el seno de una familia afroamericana de clase trabajadora, atesora seis anillos de campeonato con los *Chicago Bulls*; cinco trofeos de *Most Valuable Player* de la temporada y seis de las finales; una mención como mejor deportista de 1991 para *Sports Illustrated* y la de mejor atleta del siglo xx según la cadena ESPN, la de segundo mejor de la historia —sólo detrás de Babe

Ruth— para *Associated Press*; una medalla de oro en Los Ángeles 84 y otra con el *Dream Team* en Barcelona 92. Apartado de su equipo de baloncesto de Laney High School, en North Carolina, debido a su “baja estatura”, pocos años más tarde es definido así por el célebre alero de los *Celtics* de Boston, Larry Bird: “He visto a Dios disfrazado de jugador de baloncesto.”

La otra cara de la moneda evidencia un Jordan atrapado en la ludopatía de un *obsessive gambler*, quizá causante indirecto del asesinato de su propio padre, un adolescente reprimido y frustrado, atrapado en una figura “ejemplar” del deporte y la salud pública, un ególatra megalómano que denuesta el trabajo de sus compañeros e inhibe el desarrollo profesional de sus contrincantes. Después de su retiro definitivo en 2003 explotaba su propia leyenda como un hábil mercadólogo y empresario de los *Wizards* de Washington mientras degustaba habanos en el campo de golf. El ideal romántico de juventud, el del ocaso en combate con honores para el joven que había retado a la gravedad adversa, cedía su paso a la mezquindad y al cálculo. La juventud manirrota dejaba en su lugar a un *bon vivant*.

¿Por qué las acrobacias arrogantes de *Air Jordan* fueron capaces de inspirar la vida de un joven poeta chileno, o las de millones de espectadores en todo el mundo, incluido un servidor?, acaso porque todos sufrimos esa angustia de la materia, de su contacto efímero. Todo lo que tocamos se desliza entre nuestras manos como el flujo del tiempo, como intuimos la belleza sublime de la voluntad humana frente al torrente ciego de la vida. Desearíamos hacer del mundo y sus espectadores una lucha del solipsismo, del *yo* como centro del universo, del mismo modo que nuestra especie se ha autonombrado eje de la creación.

Vencer la gravedad es vencer un poco a la muerte, ambas nuestras máximas tiranas. El hombre es también guerrero de sí mismo, cuyo *alter ego* es la mayor

Némesis, cuyo amor propio es la *machina maxima*, cuyo egoísmo es el liderazgo más legítimo, y cuya autocompasión es la única flaqueza imperdonable. Es pequeño y avaro el que persigue lo accesorio; es excelso el que juega por jugar, ya es dueño de ese triunfo.

El juego es la devoción y el balón el ídolo que se venera. La concepción latina y católica del trabajo lo vincula con la culpa primigenia, pero el juego es hedonismo y fecundidad, mientras que la solemnidad es el fardo de la esclavitud. En la esfericidad del balón se concentra el núcleo de la vida, la facultad creativa de lo humano. El *homo ludens* comprende que las leyes de la naturaleza son las únicas reglas del juego. El mundo es la gran duela; el *otro* es de vez en vez contrincante o aliado. En el balón se hallan Eros, la gloria y la caída, y cada visión de cancha es una oportunidad para apoderarse del mundo. Cada jugada, decidida en la cresta de la ola, es un salto al vacío, un desafío arrogante al tirano Birján.

El atleta que corre bajo el manto oscuro de la madrugada hiende la atmósfera cargada de aromas vegetales. Es una saeta en el corazón de la noche hacia un interregno de criaturas del alba en una puerta dimensional de seres livianos que dominan los elementos. El alba es tierra de promisión ilimitada. El *homo ludens* superdotado también es un proscrito, un ser marginal, aislado en una cofradía de fieras en tácito armisticio, en muda tregua. El balón es también la mujer que se ama y se seduce cada día; se le susurra con ternura y pasión al oído. O es el amigo a quien se confiesan los secretos más oscuros del alma, ante cuya ausencia prolongada revienta la conciencia de angustia y remordimiento. El juego es trascendente; la cancha es el tálamo amoroso o la tierra de nadie. Se apuesta la carne y el espíritu; la ruleta gira, la fortuna es deidad caprichosa.

Así también, la fama en un mundo masificado es un continuo desencuentro con los *otros*, soledad en la

multitud, como un *flâneur* de la aldea global a quien queda vedado un último confort: el anonimato; es ojo omnividente que castiga la soberbia, como Yahvé a Luzbel. El esférico es el protagonista de las contiendas; su anatomía guarda el soplo de Dios, el hálito de vida. Su sistema vascular se enlaza con los brazos y los globos oculares. Es un corazón palpitante conectado a los últimos segundos en el reloj de la arena. La mayor ambición del espíritu es desprenderse del lastre de la carne, de su onerosa corporalidad, alcanzar el estado de mayor ingravidez, la libertad aérea del viento.

Michael Jordan fue el máximo alquimista de la duela, un taumaturgo que encontró la piedra filosofal no del oro, sino del aire. Amor y juego son indisolubles, antagónicos infatigables contra el tedio y la muerte. Tal vez por ello vimos en el vuelo del gran basquetbolista una metáfora, poderosa, para no morir del todo.

¿Por qué, aunque en nuestro país existan aún hoy en día numerosos aficionados a la NBA, no ha vuelto con la misma intensidad aquella fiebre de los años noventa? Hoy milita en esa misma liga LeBron James, pero en un mundo en que los *outstanding* son fabricados en serie. Aunque figuren en las primeras planas deportivas Lionel Messi y Neymar Junior, el mundo ya no verá un Maradona ni un Pelé. Aunque el diamante de los *New York Yankees* lo presidan Alex Rodríguez y Derek Jeter, no volverá a ser visto un Babe Ruth. ¿Nostalgia infundada de la edad de oro? Quizás. Sin embargo, no existe paradigma o unidad de medida capaz de poner en igualdad de circunstancias las maravillas y los adfesos de dos épocas distintas. No es posible equiparar la gesta espacial de 1969 al descubrimiento de América. El ejército estadounidense puede invadir más naciones en Medio Oriente, pueden imponerse nuevas dictaduras en América Latina, pero no volverá a haber una guerra de teucros contra troyanos que inspire una gran epopeya. ■■